



TIERRA LEJANA



NICOLA SCHORM



Schorm, Nicola

Tierra lejana / Nicola Schorm. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2018.

88 p. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Babel / Bence Castilla, Patricia)

ISBN 978-987-3613-91-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
ENERO 2018

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Imagen de tapa: Teodoro Clemente Steele - Meridian Street, Thawing Weather 1887

Traductora: Silvana Castro Dominguez

Contacto con la autora: Nicola.schorm.rosa@gmail.com

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

NICOLA SCHORM

TIERRA LEJANA

-NOVELA-

TÍTULO ORIGINAL: ALTE HEIMAT FREMDES LAND
TRADUCIDO DEL ALEMÁN POR SILVANA CASTRO DOMÍNGUEZ

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

PALABRAS PREVIAS

El siguiente relato está basado en una historia real. Eso no significa que los sucesos han ocurrido de la manera en que son expuestos, al contrario, les he dado el curso que a mi propósito me ha servido mejor.

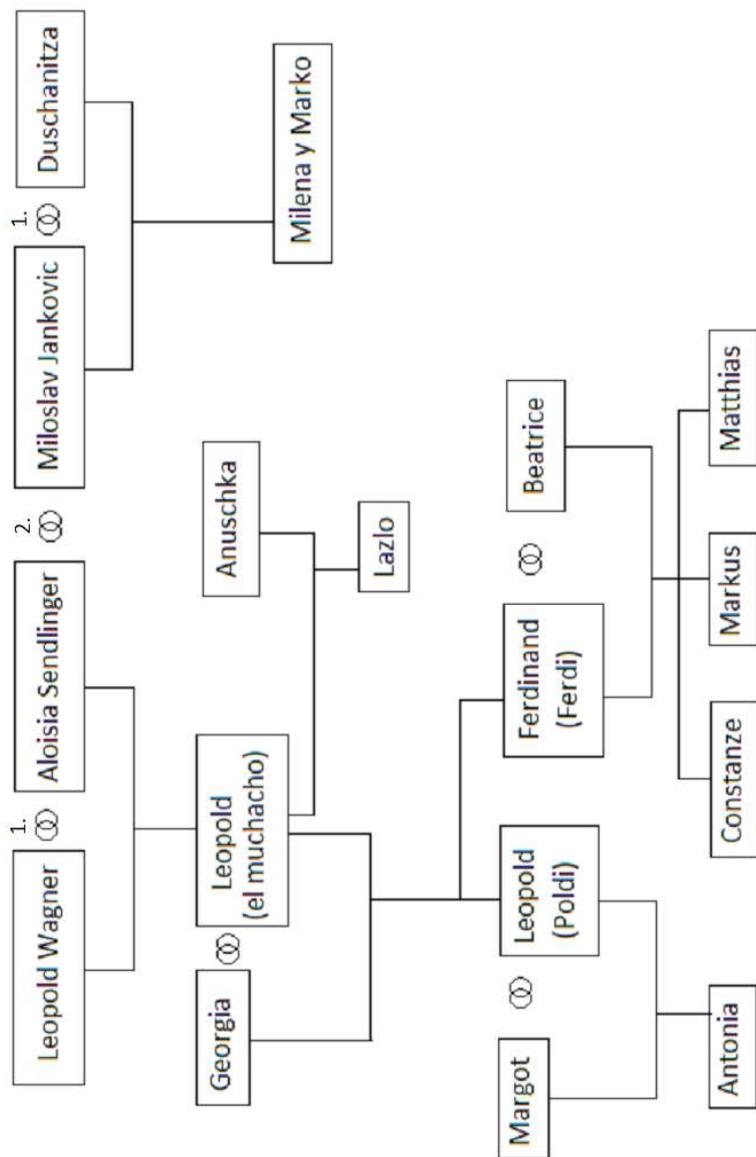
Quiero agradecer a mi familia de origen, especialmente a mi padre, y a la familia que formé junto a mi marido, quién fue el principal responsable de que alguna vez me propusiera viajar a Serbia y conocer la tierra de mis ancestros.

Además, mi sincero agradecimiento a Barbara Moses, Katja Löhner y Alejandra Folco, sin cuyo apoyo no me hubiera animado a seguir con mi proyecto.

El libro original está escrito en idioma alemán. De hecho no me parecía posible que pudiera ser transferido al castellano sin perder el encanto del idioma de la protagonista principal, Aloisia, que habla en un dialecto ya prácticamente en desuso, el alemán de los colonos de la anterior Yugoslavia (hoy Serbia). Parte de la belleza del relato reside en el contraste entre el hoy y el ayer que se vislumbra en la diferente manera de hablar, con otro léxico a veces, con otra melodía y otro ritmo. Silvana Castro Dominguez supo interpretar mis dudas y cumplió con una traducción sublime logrando lo que yo anhelaba: que también Uds, lectores hispanoparlantes, puedan disfrutar la lectura de “Tierra lejana”.

Nicola Schorm

ÁRBOL GENEALÓGICO



PRÓLOGO

Viaje a Werschetz:

Werschetz, lugar de nacimiento de nuestro padre, para mí una palabra desprovista de todo significado, una burbuja de aire, tan irreal e inimaginable como la mismísima Atlántida. *Vršac* en serbio, en la región del Banato¹ de la vieja Yugoslavia, 80 km al este de Belgrado, cerca, muy cerca de la frontera con Rumania.

La idea:

Para su cumpleaños le regalamos a mi padre un viaje a la vieja patria, a la que nunca había regresado desde su partida hacía setenta años. Será un viaje con sus tres hijos, sin su esposa, sin las nueras y yernos, sin los nietos. La organización quedará en manos de Matthias, mi hermano menor.

Aterrizamos en Serbia. Cuando el señor de Nuremberg sentado delante nuestro nos pregunta si también viajamos con nuestro padre, se me pone la piel de gallina. Como nosotros, son tres hermanos que acompañan al suyo en su primer regreso a Pančevo, a cuarenta kilómetros de Werschetz. También su viaje es un regalo para el cumpleaños del padre, que tenía doce años cuando los partisanos lo encerraron durante meses en un campo de retención y después de su huida a Alemania nunca más volvió a su pueblo. ¿Cuántas personas habrán pasado antes que nosotros por la misma situación? ¡Tantos destinos! Y no puedo contener las lágrimas.

1-El *Banato* es una región de la llanura de Panonia que limita al sur con el Danubio y al este con Transilvania. Actualmente está dividida en tres países: Rumania, Serbia y, en menor medida, Hungría. En la parte serbia, Pančevo y Vršac son dos de las ciudades más importantes.

Cuando queremos cambiar 100 euros en el cajero automático, todas las opciones en la pantalla aparecen únicamente en serbio, aprieto el botón equivocado y en lugar de dinares, me devuelve el billete que puse; ¡me falló la intuición! ¡Socorro! No entiendo una palabra.

El auto alquilado está listo; usando mapas y un sistema de navegación, encontramos el camino a través de Belgrado y cuando paramos para sacar fotos a las montañas de Werschetz que se ven a lo lejos en el horizonte, los ojos se me llenan de lágrimas por segunda vez. ¿Qué nos espera?

Mis hermanos recopilaron información de internet. Leemos en las hojas impresas sobre la historia de la ciudad y nos asombramos con la hazaña de Hennemann, que en 1778, junto a solo 75 hombres, salvó a Werschetz de la invasión turca. Con mucha imaginación, coraje y la correspondiente cuota de desfachatez, hizo sonar durante 30 días las campanas, golpear ollas de cocina y encender fogatas por toda la ciudad, para convencer a los 40.000 turcos que acechaban desde las montañas, de que habían llegado los refuerzos de las tropas imperiales de María Teresa. Estos, efectivamente, se retiraron y la ciudad quedó ilesa.

En 1707 se establecieron en Werschetz los primeros alemanes y, ya para 1900, la mitad de los 25.000 habitantes eran suabos² del Danubio. Hoy quedan, ciertamente, menos de cincuenta.

Nunca vi fotos de la ciudad, solo alguna que otra de la casa de mi abuela y de la casa donde vivía mi padre. No tengo expectativas, estoy abierta a todo lo que nos espera. Nuestro recorrido, nuestros pasos, se acomodan a los deseos de papá y así vamos conociendo Werschetz a pie.

2-Con el término “suabos del Danubio” se hace referencia a los grupos de origen alemán que se establecieron en distintas regiones fuera del país, a lo largo del Danubio.

Descubrimos poco a poco lugares, casas, detalles que transfieren los recuerdos de papá a nuestras cabezas; papá, que desorientado, en un primer momento, afirma que no sabe dónde está, que esta es una ciudad desconocida.

Las veredas están rotas; la casa, heredada por la tía Lucrecia, ya no existe y, sin embargo la municipalidad sigue estando allí, con el balcón, desde el cual nuestro bisabuelo, Jankovic, les hablaba a los habitantes de la ciudad, aunque hoy el color de las paredes sea otro. La casa de la abuela Georgia solo se parece a la de las fotos por el capitel. En el antiguo comedor, hoy transformado en la confitería *Forum*, tomamos un café, salpicado de imágenes llamativas que, desde una pantalla gigante, buscan recrear en vano una atmósfera de discoteca.

El cementerio alemán, antes separado tan solo unos pasos de la casa de nuestra abuela, fue profanado y convertido en un campo de deportes. ¡Pero el parque! El parque es enorme y sigue igual: los bancos blancos de antaño invitan a sentarse, la fuente vive, rodeada por los viejos sapos que lanzan agua, con su estatua central justo en medio del parque, a pocos pasos del pabellón hoy ya sin música, aunque si nos esforzáramos, podríamos oírla.

Sí, del busto de Lenau queda solo el pedestal –ya no se honra ninguna cabeza alemana en esta ciudad- y tampoco existe ya el gran mercado en la calle que nace del parque. Pero las uvas, de un azul intenso, que pasan directamente del remolque del tractor a los puestos de venta, son increíblemente deliciosas. ¿Igual que hace tantos años? Y lloro por tercera vez.

Momentos:

Cuando, después de recorrer el patio de recreo de la que fue la escuela de papá, entramos al edificio y él trata de abrir

todas las puertas de las aulas, hasta que nos encontramos en medio de una. Desconcertados, vemos que toma una tiza y escribe algo en serbio en el pizarrón, imparable, sin miedo al portero que no tarda en aparecer. Después de un primer momento de aprensión escéptica, como la fina piel de las uvas, se muestra amigable, abierto y muy cortés. Nos cuenta que tiene problemas para llegar a fin de mes a causa de su bajo salario y, si manejáramos el idioma, hubiéramos entendido algo más; papá, en cambio, está en su salsa. No importa con quién ni dónde, conversa admirablemente en serbio y nosotros simplemente miramos con cara de nada, asentimos de vez en cuando o sonreímos, siempre en concordancia con la expresión facial del interlocutor.

Momentos:

Cuando encontramos por fin la tumba del bisabuelo Jankovic en el cementerio serbio: la lápida de mármol negro, que la bisabuela mandó a hacer a un picapedrero, fue reemplazada por un obelisco, en el que, para sorpresa y consternación de nuestro padre, aparecen tallados los nombres de otros dos Jankovic: Marko y Milena, que no pueden ser sino los hijos de un matrimonio anterior de su célebre abuelo. También los hijos de Marko y Milena comparten con él el lugar de su último descanso.

La bisabuela, en cambio, prefirió a su muerte el cementerio católico antes que el serbio, ambos separados por el rumano; solo a ella, a pesar de nuestra intensa búsqueda en ese laberinto magnífico y caótico de cruces y lápidas húngaras y alemanas, arbustos y malezas, nunca pudimos encontrarla.

ALOISIA I

Ha comenzado el invierno, aunque apenas estamos en octubre. Las manzanas no las he terminado de cosechar aun, me dolía mucho la cadera y, además, la escalera se la he prestado a la Milena, esperaba que cuando me la devolviera, me ayudara con las manzanas... pero ahora ya es tarde, ha pasado la helada y ya no valen siquiera para jugo. ¡Ay, si estuviera vivo el Miloslav, sí que sería buena la vida! Un hombre espléndido, eso era. Tan espabilado, tan importante, que todos lo respetaban y admiraban, ¡el alcalde! que ayudó a tantos de los míos, para que pudieran huir a tiempo y que no los fusilaran en la Schinderwiese³, como a perros vagabundos. Todos lo querían, los alemanes y los húngaros, lo mismo que los yugoslavos y los rumanos. Cuando cierro los ojos, lo veo ahí, en el balcón de la alcaldía, hablándole a su gente. Todas las lenguas las hablaba perfectamente, mi yugoslavo, mi segundo esposo.

Después, cuando el ejército alemán ocupó la ciudad, fueron tiempos duros para él; así como yo me puse contenta y lo festejé, como todos los alemanes de la comunidad, que al final quedamos tan pocos, así fue de duro para él. Hasta lo pusieron en prisión, al principio. Yo le llevaba tarta de manzanas, y con los soldados bromeaba y reía para que me lo trataran bien. Gracias a Dios, también a ellos les gustó mi tarta y con la ayuda de mi primo, Hans Sendlinger, que con sus relaciones en seguida fue nombrado para el Consejo Local de la ocupación alemana, a los tres días, lo dejaron libre. Alcalde volvió a ser recién cuando los partisanos de Tito expulsaron a los alemanes, toditos desaparecieron, huyeron, los fusilaron o los ahorcaron. Y sola me he quedado.

3- Pradera donde se sacrificaba a los perros vagabundos.

¿Qué otra cosa iba a hacer?

¿Me hubiera tenido que ir, abandonarlo, que ya estaba enfermo de rabia y tristeza, porque mis nietos, alemanes después de todo, se habían alistado voluntariamente como soldados de las fuerzas armadas del Reich?

Mi vida estaba aquí: mi marido, mi casa, mi jardín, los frutales, que había que cuidarlos. La casa de mi hijo al lado, que así como la incautaron los partisanos, tenía que vigilar que no la estropearan; a mi hijo, lo he esperado también, pero nunca volvió de la guerra. Me alcanzaba con tenerlo a mi Miloslav, sin él hubiera ido a parar al campo de trabajo, sin duda, donde no había nada para comer, donde las personas tenían que dormir a la intemperie, y muchos, del hambre y de la desesperación, terminaron bajo tierra. ¡Hasta la hija de los Schaffer, la Matilde! Recién después de cuatro años en el campo de trabajo, le llegaron los papeles para poder ir a Alemania y tanta mala suerte que había uno que le faltaba, uno solito. Y la mandaron de vuelta, otra vez al campamento, entonces se metió al río y se ahogó, se quitó la vida. Pero yo tenía un marido yugoslavo que me protegía, aunque al principio toda mi gente estaba en contra de nuestra unión, porque no era alemán y también porque era casado. Solo les parecía bien que alguien se ocupara de mí, que era viuda, con un hijo; y, a pesar de no ser alemán, leía y escribía el idioma, tenía muchos muchos libros. ¡Ah, pero qué hombre espabilado que era, mi querido esposo!

Hace frío, un frío helado; hasta dentro de casa puedo ver mi respiración, como si fuera humo. La leña, la tengo que ahorrar, ya no queda mucha y quién sabe cuándo pueda venir alguno que me tale un árbol. El invierno es largo, pronto nevará y luego pueden pasar semanas hasta que los caminos estén de nuevo libres.

Vieja me estoy poniendo, gris y arrugada. El espejo, tengo ganas de venderlo, pero ¿quién puede pagarlo? Nadie necesita un espejo de marco dorado, alto como una puerta.

Antes sí que era linda, linda como pocas. Y al Miloslav Jankovic le daba lo mismo que fuera una mujer grande que ya tenía un muchachito. Desde la primera vez que me vio, cuando compraba uvas en el mercado, tenía ojos únicamente para mí. Y entonces empezó a hacer averiguaciones: que cómo me llamaba, que dónde vivía, que por qué me vestía siempre de negro... y cuando supo que mi marido, que en paz descansa, había muerto cinco años antes de una infección pulmonar, se le metió en la cabeza que, ni bien me viera haciendo las compras, me iba a pedir de acompañarme a casa.

“Una mujer tan bella andando sola, eso es peligroso”, me dijo. “Una mujer tan bella andando sola, eso es un pecado”, me susurró al oído unos días después. Me pareció de lo más gracioso, pero no dije nada, solo me reí bajito. Y una vez me tomó la mano de improviso y me la besó, así no más, tan dulce, tan seguro... la piel de gallina se me puso, y después a la noche, cuando el muchacho se había dormido, me imaginaba que me acariciaba la boca con sus labios, así de suave.

Es cierto, soy vieja, pero cuando sueño a la noche, voy salticando con mi falda roja por los campos, ya no llevo las ropas negras y veo al Jankovic que me espera sobre el pasto. Eso fue lo peor y lo mejor, que me amara tanto, cada pedacito de piel, las orejas, los dedos del pie, los codos, los párpados... estaba tan enloquecido por mí, que la esposa y los hijos, la religión y la gente, todo le daba igual. Me quería todita, en cuerpo y alma, y solo para él; quería que fuera su amante, su compañera y amiga.

Fui a la iglesia y confesé mis pensamientos impuros... tantos rosarios, tantos avemarías... nadie se imagina todo lo que he rezado. Supliqué volver a tener un corazón limpio; me fui seis semanas con el muchacho a Budapest para escaparle...

Las malas lenguas enseguida empezaron a hablar, que la Aloisia, con el hombre casado, ¿se ha vuelto loca, pues? ¿No se avergüenza? ¡Claro que me avergonzaba! Desde el mismo momento en que el beso me hizo arder la mano, sentía que todos podían verlo como una marca de fuego que decía que era suya.

Todo fue en vano, el cura predicaba sobre el sacrilegio y el pecado, de lo importante que era mantener la pureza de la raza, y que los yugoslavos no eran buenos cristianos. El Jankovic dejó de ir a la iglesia ortodoxa, donde se había casado con la yugoslava con la que tuvo a la Milena y al Marko, que eran más chicos que mi muchacho.

No nos importaba la religión. Sí, cuando se es joven, se pueden pasar por alto las tradiciones y las leyes sin tanto problema, pero con los años eso cambia. Cuando murió el Jankovic, dejé que lo enterraran en el cementerio ortodoxo yugoslavo. Vendí mi piano para mandarle a hacer al picapedrero una espléndida lápida de mármol negro, como corresponde a una persona importante. Y el Jankovic era importante, no solo para mí, ¡para toda la ciudad! Orgullosa estoy de él, conmigo a su lado llegó a ser alcalde. Pero nunca quise ser su querida, solo como esposa como Dios manda lo dejé tener lo que tanto deseaba. Con ayuda de un amigo en la oficina estatal, logró divorciarse; a la esposa le cedió la casa y la tierra, para que lo dejara en paz. Y luego nos casamos en el Registro Civil, solo un

puñado de personas estaban presentes. A mi muchacho lo mandé dos días con los abuelos, esa fue nuestra luna de miel. Y Miloslav se mudó conmigo, trajo solo una maleta con ropa y otra con libros.

¿Si lo he lamentado alguna vez? ¿Si no me daba pena la yugoslava con los hijos? Fue lo que fue y es lo que es. Ella tenía la casa y la tierra y los hijos, yo solo tuve al hombre y sí que fuimos felices, por treinta años; ¿hubiera sido mejor si hubiésemos sido todos infelices? La Milena lo volvió a ver alguna vez, y vino cuando el padre pasó a mejor vida; pero al Marko nunca lo vio de nuevo. La yugoslava se lo tenía prohibido, ir a ver al padre. Y para el Jankovic mi muchacho era como el suyo propio y los hijos del muchacho eran sus soles, sus nietos adorados. El padre de mi hijo, podría haber sido. El Leopold lo admiraba, lo imitaba, leía todos sus libros; el padre verdadero ni siquiera una vez tuvo un libro en la mano. Solo pensaba en su viña y sus chanchos y vacas y caballos. El Miloslav sí que era un hombre culto, conocía todo de política y de historia y podía hablar como un príncipe. Como ya no tenía que ocuparse de la tierra, tenía más tiempo para las leyes; y no importaba que no tuviera el título de doctor, como su hermano: los del pueblo hacían fila para que él los escuchara. Un oído atento tenía para todos, no importaba que fueran ricos o pobres, alemanes o húngaros, yugoslavos o rumanos. Hasta a un gitano lo ayudó una vez, que lo habían culpado de robar un ganso y él no había sido. Siempre venían con huevos, papas o remolachas, con vino o tortas para agradecerle; una vez, me acuerdo, nos trajeron un lechón entero que nos duró tres días.

¡Sí que me vendría bien ahora ese lechón! A duras penas puedo preparar una comida como la gente una vez por semana. Casi siempre es una sopa de papa o de pan.

Pero cuando vienen los paquetes de Alemania, ¡ahí sí que me pongo contenta! Ahí se me ponen las mujeres en fila delante de la puerta, como con el Jankovic, y se pelean por las medias de nylon, tan finas y sedosas que son, que hacen ver las piernas lindas. ¡Si me hubiera visto así el Milo! Dios mío, todavía me mareo cuando me acuerdo de su mano en mi muslo. Con que solo me tocara suavemente, sin siquiera mover la mano, yo ya me sentía tñ a gusto, tan cálida y liviana. ¡Si él ahora pudiera sentir estas medias aterciopeladas y a través de la tela mi piel! Tengo que escribirle a mi nieto, al Ferdinand, y a su esposa Beatrice, que me manden las medias color piel. Todas quieren esas, que dejan ver las piernas, y las negras no me las compra nadie.

¿En qué estaba? ¿Qué año es este? Ferdinand, y su hermano Poldi, Leopold como su padre, mi muchacho, ya se han ido hace tiempo. Me los robó la guerra, la guerra y el Tito, que no deja a ningún alemán volver a Yugoslavia.

Son médicos, los dos estudiaron en Alemania. Al menos, sobrevivieron la guerra, así que no me puedo quejar, aunque ya no tengo a nadie, aquí todo se terminó, todo está estropeado y en ruinas. ¡Lo peor fue cuando arrasaron el cementerio alemán y le construyeron encima, los partisanos! ¿Es que no hay un Dios? ¿Es que no hay justicia ni penitencia para esta profanación espantosa? Ya apenas si voy a la Iglesia, tan hermosa y grande que es, con los espléndidos vitrales y las pinturas en las paredes y el altar, ¡si todas mis oraciones no sirven para nada!

Y ahora también el Lazlo ha cruzado la frontera y me ha abandonado, y eso que yo siempre recé para que encontrara un trabajo y una mujer que me lo hiciera quedar. Pero nadie quiere emplearlo, al hijo de un alemán. Todos lo miran de

arriba y se burlan de él y algunos hasta escupen en el suelo con asco cuando lo cruzan en el camino.

Tan joven como es, ya tuvo que soportar tantas penas: la madre, la Anuschka, la húngara de la aldea yugoslava del sur, cerca de los viñedos, nunca se ocupó de él. Era la criada en lo de Leopold y le hizo perder la cabeza a mi hijo con sus pechos carnosos y su forma de balancearse al andar. Lo tenía todo preparado y mi hijo, tan tonto, que no se la vio venir. Al poco tiempo estaba embarazada y ya era demasiado tarde. La esposa de Leopold, la Georgia, orgullosa y de una familia muy rica, abandonó al marido, la casa y los hijos y se volvió a vivir con los padres a Georgshausen. Del Ferdinand y del Poldi nos encargamos nosotros, el Miloslav y yo, porque mi hijo estaba ocupado con el viñedo y con la Anuschka. Tanto dolor cayó sobre la familia; pero los chicos no se dieron cuenta de lo que estaba pasando.

Al principio estaban enojados con la madre que se había ido, y encima el Leopold no la dejaba ver a los chicos cuando venía a visitarlos. A menudo ella se quedaba delante de la casa por horas, en el carruaje con el cochero, para echar al menos una mirada a los muchachos y a veces hasta golpeaba la puerta con los ojos llenos de lágrimas. Cuando el Leopold no estaba, yo le abría y le contaba cómo andaban o la mandaba a donde estaban los muchachos, en el parque o en el monte.

Mi hijo mandó pronto a la Anuschka a su aldea en el sur, para que nadie se diera cuenta del amorío y del bebé. Y luego, cuando nació el Lazlo, la llevó de nuevo a la casa y del bebé no se habló más.

Recién después de muchos años, cuando ya había terminado la guerra, el Leopold había desaparecido y la

Anuschka hacía mucho que trabajaba con otra familia, ahí se apareció el Lazlo frente a mi puerta, con una maleta chiquita y un papel que decía que era el hijo de Leopold Wagner, de mi muchacho. Quince años tenía, no hablaba alemán, solo yugoslavo y apenas algo de húngaro.

¿Qué iba a hacer? ¿Cerrarle la puerta en la cara y esperar que se volviera al lugar de donde había venido?

Al padre se parecía, y también a la Anuschka, con las cejas arqueadas y los labios carnosos, demasiado carnosos para un hombre. El Miloslav fallecido, los nietos en Alemania, el hijo desaparecido, amigos y familia perseguidos, separados y desterrados, rodeada de yugoslavos, que me toleraban solo por respeto a mi marido, aunque yo era una de las odiadas alemanas: Aloisia Jankovic, nacida Sendlinger, viuda de Wagner, sola en el mundo. El Lazlo también estaba solo en el mundo y así fue que lo recibí.

Y sí, era un bastardo, una mancha para la familia, ¿pero qué culpa tenía? ¿Era su culpa acaso que la Anuschka hubiera engatusado y seducido al Leopold? ¿O que el Leopold la hubiera forzado a estar con él, como le contó al hijo la sinvergüenza? Da igual como fuera. Fue lo que fue y es lo que es. El Lazlo nunca tuvo a nadie que se preocupara por él, apenas lo habían tolerado unos parientes lejanos de la Anuschka, y a mí se me reventaba el corazón porque ya no tenía a nadie a quién querer.

Lo dejé entrar, le preparé una sopita caliente, llevé la valija a la sala y le hice la cama en el sillón. Le mostré fotos del padre, del abuelo, de los hermanos. Le conté de los viñedos y de la guerra.

Le acaricié la cabeza y entonces se puso a llorar.

INTERMEZZO I

Después del cementerio – mejor dicho: de los tres finamente separados cementerios – vamos a la iglesia católica: la puerta está cerrada. Siempre pensé que las iglesias no tenían horario. ¿Hay una hora específica para que sean escuchadas las penas de los que buscan consuelo, encienden velas y se sientan o se arrodillan a rezar, según su fe o su edad? Las iglesias cerradas no tienen sentido, son absurdas. Aparentemente, antes era distinto. Papá cuenta cómo, de camino a la escuela, se detenía con frecuencia acá en la iglesia para una pequeña oración, especialmente en los días de exámenes o cuando no había hecho la tarea.

Sí o sí queremos entrar a la iglesia, así que Matthias, decidido como siempre, toca el timbre de la casa parroquial. A Markus y a mí nos resulta penoso, yo no me hubiera animado a tocar, pero muero de ganas de entrar e imaginarme a papá de chiquito en uno de los bancos, con sus pantalones cortos y las rodillas magulladas.

El sacerdote en persona abre la puerta, justo está apurado, tiene que ir a un entierro en otra comuna (como si en ese caso el tiempo apremiara todavía). Habla un poco de alemán entrecortado, pero es muy amable en abrir la iglesia fuera de horario para nosotros. Como siempre, que papá hable serbio es una gran ayuda.

La antes numerosa feligresía de Sankt-Gerhard, que este año festeja su jubileo de 150 años, se reduce ahora a menos de cincuenta católicos. El edificio es grande y maravilloso, construido en estilo gótico, con magníficos ventanales y murales coloridos, que cuentan la vida y los sufrimientos de Jesús. Todas las inscripciones están en alemán y, como no había llorado en las últimas horas, empiezo de

nuevo. ¡Qué increíble pensar que en esta ciudad, en lo más profundo de Serbia, alguna vez más de la mitad de los habitantes fueron alemanes del Danubio!

No queda tiempo para rememorar o rezar, antes del almuerzo queremos ver si encontramos la Hodaya, la chacra del abuelo Leopold.

La resucitada memoria de papá nos lleva por las calles correctas hasta un terreno en medio de las colinas, lleno de árboles frutales y viñedos. Lamentablemente, la pequeña casa ya no está. Al final del sendero, que conduce hacia abajo, me imagino el río del que papá nos habló tantas veces. Nadie quiere venir conmigo y estamos un poco apurados, pero sigo mi impulso y corro hacia abajo, corro y corro.

Una pena: ningún río, solo acres y viñas hasta donde alcanza la vista. Recién hoy me entero de que había dos propiedades. En la otra está el río en el que el abuelo Leopold emborrachaba a los peces con una mezcla mágica de hojas de moral, que vertía unos cien metros río adentro en el agua, hasta que empezaban a nadar tambaleando confundidos hacia las cestas, río abajo, donde podía pescarlos sin hacer gran esfuerzo. Estaba prohibido, pero parece que a mi abuelo no le importaban mucho las leyes ni las reglas. La otra Hodaya era también mucho más grande y quedaba alrededor de sesenta kilómetros al sur de Werschetz, donde el suelo es arenoso. La próxima vez será. ¿La próxima vez? ¡Me lo tendrían que haber preguntado antes del viaje!

El recorrido bajando las montañas es muy pintoresco, nos detenemos brevemente en la capilla católica que está en medio del camino, donde antes se hacían las procesiones de Pascua. La vista, kilómetros a lo largo de la llanura, es

incomparable y lejos en el horizonte divisamos el Danubio. Cerca del castillo en ruinas (Kula), que para decepción de papá han cubierto efectivamente con un tejado de pizarra, nos desviamos a la izquierda y miramos en su lugar una de las iglesias ortodoxas serbias, situada también a media altura en las montañas. Por dentro se ve completamente diferente de la iglesia católica: extraña y colorida, ¡y qué bien que huele! ¿Será incienso o mirra?

En Werschetz hay tres grandes iglesias: la serbia, la rumana y la católica, por la que es reconocida la ciudad en todas las viejas postales y que sin duda fue y es la más hermosa de todas. Un rato más tarde, papá nos muestra el modesto templo evangélico; aparentemente los protestantes alemanes eran la congregación más reducida de todas, en esta tierra de serbios, alemanes católicos, húngaros y rumanos, que una vez convivieron pacíficamente. Después de un rato de búsqueda y desaciertos, encontramos finalmente la casa paterna. Los alrededores cambiaron bastante, pero la casa sigue ahí, con la misma fachada que en las viejas fotos: a la derecha del portón, la antigua vinería. Y también la casa de la bisabuela Aloisia sigue ahí, del lado izquierdo. Nos encantaría echar un vistazo detrás de las bambalinas, directo en el corazón del pasado, así que golpeamos las puertas que están completamente cerradas; nos preguntamos cómo se verá todo detrás del portón, donde antes, pasando la vinería, se encontraban la casa de los criados, los establos para los caballos, el chiquero, el nogal. Markus, que documenta en fotos nuestro viaje, sostiene su cámara con manos bien estiradas, tan alto como puede por sobre el portón, y saca una foto para que podamos ver. Ya no hay establo ni animales. ¿Qué esperábamos? Nuevas construcciones a la derecha, una entrada para autos; solo la profundidad del predio nos permite vislumbrar el ayer, el nogal, el pozo, los toneles, el establo. Golpeamos otra vez. No abre nadie, no pasa nada.

Entonces, en algún momento, surge una gran idea: vamos a probar suerte en la casa vecina. La vieja pareja que nos abre su puerta -también ellos, como todos, en un primer momento, distantes y tímidos- resultará sernos de la mayor ayuda. Es gente buena, amable, llena de interés y dispuesta a colaborar: la dama con muletas, una divertida boina y ojos cálidos y amorosos; el hombre, con una sonrisa discreta y una gorra con visera, que después de un rato, convencido por las explicaciones de papá, golpea con decisión la puerta de la bisabuela. ¡Ay, cómo me gustaría entenderlos!

Lo único entendible que pudimos sacar en limpio de esta jerigonza serbia, fue una y otra vez un nombre: Lazlo, Lallo, Lazlo.

Lallo.

¿Vivirá realmente todavía acá, el hijo ilegítimo, excluido y casi por completo ocultado de nuestro abuelo, el medio hermano de papá y, por lo tanto, nuestro tío? Tengo escalofríos y no sé quién de nosotros abrió más los ojos, pero este momento es uno de los que nunca voy a olvidar. Al igual que la aparición que finalmente nos abre la puerta; podría exagerar, pero créanme, la realidad es más pintoresca y fabulosa que todas mis fantasías.

Una mujercita huesuda y ancestral en pantuflas, sin dientes, con una aureola de pelo blanco y seco y un ojo de vidrio. Se acuerda y nos deja entrar, nos muestra su casa, la casa de la bisabuela. ¿Se puede creer que el que cuelga en la pared de la derecha sea el mismo espejo, alto como un hombre y con marco dorado, de hace setenta años? ¿El espejo de Aloisia? ¿En el que papá se miraba cuando era chico, en el que ella se vio envejecer? No, no es creíble. Y, sin embargo, el espejo está ahí, al igual que el jardín con los árboles frutales, solo que algo abandonado y destartado.

La amable anciana nos muestra todo, incluso el living clausurado e inutilizable; busca papeles, contratos, documentos que nos ayuden a averiguar el apellido de Lazlo. Recuerda y nos cuenta. Papá se transforma en un traductor simultáneo, casi sin quererlo ni cuestionar lo que la mujer dice. De regreso en Alemania leeremos cartas, buscaremos fotos y haremos pregunta tras pregunta para añadir alguna nueva pieza al rompecabezas. Pero las primeras fichas nos las regala esta mujer. Y precisamente ella rechaza el dinero que papá le quiere obsequiar, no como los demás.

INDICE

Palabras previas /	página 7
Árbol genealógico /	página 9
Prólogo /	página 11
Aloisia I /	página 15
Intermezzo I /	página 23
Aloisia II /	página 28
Intermezzo II /	página 37
Aloisia III /	página 40
Slobodan I /	página 41
Aloisia IV /	página 45
Intermezzo III /	página 47
Aloisia V /	página 49
Intermezzo IV /	página 52
Aloisia VI /	página 55
Slobodan II /	página 64
Epílogo /	página 68
Diario nocturno /	página 74

Ediciones Ruinas Circulares
Título

TIERRA LEJANA

(novela)

Se terminó de imprimir en
BENGRAF
AGUIRRE 741- Bs. As. - Argentina
en el mes de ENERO 2018



“ 11 de noviembre: Empecé con la escritura. Estoy contenta con Aloisia, su lenguaje es tan distinto al mío, a veces tosco y raro, pero definitivamente es ella la que habla. Todo vibra y tiembla, teje y es tejido, soy el hilo y la tejedora de la tela, que todavía necesita que la cosa y la ajuste un poco más.”
(Del “Diario de noche”)

Setenta años después de haberse ido a la guerra, Ferdinand vuelve a la patria con sus hijos ya adultos, para que juntos descubran historias y misterios casi olvidados. El viaje hacia el pasado descubre sobrevivientes y otros que no han tenido esa suerte, entrelaza tramas secretas y destinos divergentes y abre perspectivas para un futuro distinto.

